

lo confieso. No le pido á usted que me lo agradezca, pero, á mi vez, le mando que no me afrente, porque no lo merezco.

Dijo esto de un modo que Blanchet no le conocía y que le hizo efecto.

—Vamos, mujer, dijo tendiéndole la mano, hagamos las paces y no hablemos más del asunto. Quizá me precipité un poco en mis palabras, pero yo tenía mis motivos para no fiarme de ese expósito. El diablo es quien pone á esos chicos en el mundo, y no los deja. Cuando son buenos por un lado, son unos bribones por otro. Sé muy bien que difícilmente encontraré un criado tan trabajador como ése; pero el diablo, que es buen padre, le había metido el libertinaje en el cuerpo, y sé una mujer que tuvo que quejarse de él.

—Esa mujer no es la de usted, contestó Magdalena, y es posible que mienta. Pero aunque dijese verdad, no es un motivo para sospechar de mí.

—¿Sospecho yo acaso? dijo Blanchet encogiéndose de hombros; mi ojeriza era contra él, y una vez que se ha ido, ya no me acuerdo. Si te dije algo que te disgustó, hazte cuenta que fué en broma.

—Esas bromas no me agradan, replicó Magdalena. Guárdelas usted para las que gustan de gastarlas.

## XI

En los primeros días, Magdalena Blanchet soportó bastante bien su pena. Supo por su nuevo mozo, que había encontrado á Francisco en el mercado, que el expósito se había arreglado por diez y ocho pistolas (1) anuales con un labrador de la parte de Aiguranda (2), que tenía un gran molino y tierras considerables. Alegróse de saber que había encontrado una buena plaza, é hizo todo lo posible para atender á sus ocupaciones sin gran pesadumbre. Pero, á pesar suyo, la pena fué grande, y durante mucho tiempo le ocasionó una pequeña fiebre que la consumía poco á poco, sin que nadie lo notara. Francisco tenía razón al decir que con él se iba su mejor amigo. Le entró una gran tristeza de verse sola, y de no tener á nadie con quien hablar. Redobló sus caricias á Juanito, que era un muchacho muy simpático y lleno de bondad.

Pero no solamente era demasiado joven para com-

(1) Pistola; moneda imaginaria del valor de diez francos.—*N. del T.*

(2) Cabeza de partido en el departamento del Indre, que comprende, con el departamento del Cher, la antigua provincia del Berry.—*N. del T.*

prender todo lo que ella hubiera podido decir á Francisco, sino que no tenía para con ella los cuidados y atenciones que, á la misma edad, había tenido el expósito. Juanito quería mucho á su madre, más de lo que comúnmente hacen los hijos, porque Magdalena era una madre como se encuentran pocas. Pero no se emocionaba por ella tanto como Francisco. Le parecía muy sencillo el ser tan fielmente amado y acariciado. Gozaba de ello como de cosa suya, y contaba con aquel cariño como si se lo debieran, mientras que el expósito no dejaba de reconocer la más pequeña prueba de amistad, y se mostraba tan agradecido con su conducta, con su manera de hablar, y de mirar, y de ponerse colorado, y de llorar, que encontrándose con él, Magdalena olvidaba que no había tenido reposo, ni amor, ni consuelo en su matrimonio.

La pobre volvió á pensar en su desgracia al recaer en su desierto, y volvió á sufrir largamente todas las penas que aquella amistad y aquella compañía habían tenido en suspenso. No tenía ya á nadie para leer con ella, para orar con el mismo corazón, y hasta para bromear honestamente de vez en cuando, con palabras de buena fe y de buen humor. Todo lo que veía, todo lo que hacía le era indiferente, y le recordaba el tiempo en que había tenido aquel buen compañero tan tranquilo y amistoso. Si iba á su viña ó á su huerto ó al molino, no veía sitio, ni rincón, por pequeño que fuera, donde no hubiese estado mil veces con aquel niño colgado de su falda ó aquel diligente mozo



EL POBRE EXPÓSITO SE ARRODILLÓ DICIENDO A MAGDALENA  
QUE LE PERDONASE...

atento siempre á servirla. Le pasaba como si hubiese perdido un hijo de gran mérito y de grandes esperanzas, y por más que quería al que le quedaba, le sobraba ahora una gran parte de su amistad.

Su marido, al verla tan macilenta, y compadeciéndose de su aire de tristeza y de aburrimiento, temió que cayese gravemente enferma, y no tenía ganas de perderla, porque cuidaba bien de sus intereses y economizaba por un lado lo que malgastaba él por otro. Como la Severa no podía sufrir que se estuviese en el molino, él comprendía que todo iría mal en su casa el día que Magdaleña no la administrase, y, sin dejar de reprenderla, como de costumbre, y quejándose de que no la cuidaba bastante, no esperaba mejor de parte de otra.

Procuró, pues, encontrarle una compañera que la cuidase y distrajese, y sucedió que, habiendo muerto su tío, tutor de su hermana menor, tuvo que acoger á ésta. Desde luego había pensado instalarla en casa de la Severa, pero sus demás parientes se lo reprocharon como una gran vergüenza. Por otra parte, cuando la Severa hubo visto que la muchacha iba á cumplir quince años y prometía ser hermosísima, ya no tuvo ganas de tener en su casa el beneficio de la tutela, y dijo á Blanchet que el cuidado y vigilancia de una joven le parecían demasiado peligrosos.

En vista de esto, Blanchet, que consideraba beneficiosa la tutela de su hermana, — pues el tío con quien se había criado le dejaba algo en el testamento, — y

no quería confiarla á ningún otro pariente, la trajo al molino, ordenando á su mujer que la tuviese por hermana y compañera, que la enseñase á trabajar, que se hiciese ayudar por ella en el cuidado de la casa, aunque sin hacerle la tarea demasiado pesada á fin de que no tuviese ganas de ir á vivir en otra parte.

Magdalena aceptó gustosa aquel arreglo de familia. Mariquita, Blanchet le gustó desde luego por la ventaja de su hermosura que había disgustado á Severa. Pensaba que un buen espíritu y un buen corazón no están reñidos con una buena figura y recibió á la joven más bien como una hija que como á una hermana y que reemplazaría quizá á su pobre Francisco.

Mientras tanto el pobre Francisco soportaba su mal con toda la paciencia que podía, que no era mucha, pues nunca hubo hombre ni niño en el mundo que experimentase un sufrimiento igual. Empezó por ponerse enfermo, y quizá esto fué una suerte para él, pues puso á prueba el buen corazón de sus amos, que no lo mandaron al hospital y lo cuidaron bien en su casa. Este molinero no se parecía en nada á Blanchet, y su hija, que tenía unos treinta años y era aún soltera, gozaba de excelente reputación por su caridad y por su buena conducta.

Aquella gente vió muy bien que, á pesar del contratiempo, había hecho, por lo que tocaba al expósito, una buena adquisición.

Era tan fuerte, que se salvó de la enfermedad más

pronto que otro, y hasta se puso á trabajar antes de estar curado del todo, á pesar de lo cual no tuvo recaída como era de temer. Su conciencia le impelía á reparar el tiempo perdido y á recompensar á sus amos por su afabilidad. Sin embargo, durante más de dos meses, se resintió de su mal, y, al empezar á trabajar, por las mañanas, tenía todo el cuerpo aturdido como si se hubiese caído del tejado de una casa. Pero, poco á poco entraba en reacción y no manifestaba á nadie el trabajo que esto le costaba. Pronto estuvieron los amos tan contentos de él, que le confiaron el gobierno de muchas cosas superiores á su empleo. Aprovechándose de que sabía leer y escribir, le hicieron llevar la contabilidad, cosa que aun no habían podido hacer, y que con frecuencia había sido causa de confusión en los negocios del molino. En fin se encontró lo mejor posible en medio de su desgracia; y como, por prudencia, no se había jactado de ser expósito, nadie le reprochó su origen.

Pero ni los buenos tratamientos, ni la ocupación, ni la enfermedad, podían hacerle olvidar á Magdalena y su querido molino del Cormouer, y su Juanito, y el cementerio en que yacía la Sabel. Siempre tenía el corazón ausente, y los domingos, no hacía más que pensar en aquellos seres y cosas que echaba de menos, lo cual no le descansaba mucho de las fatigas de la semana. Vivía tan lejos de su lugar (á más de seis leguas), que nunca tenía noticias de él. Desde luego pensó que se acostumbraría á ello, pero la inquietud

le consumía la sangre, y se inventó medios para saber, al menos dos veces cada año cómo seguía Magdalena: iba á las ferias, buscando con la vista algún conocido de su antiguo lugar y, cuando lo había encontrado, preguntaba por todos los conocidos, empezando prudentemente por aquellos que menos le interesaban, para concluir por Magdalena que le interesaba más que nadie, y, de este modo, tuvo algunas noticias de ella y de su familia.

— Pero se hace tarde, amigos, y me duermo en mi historia. Hasta mañana; si ustedes quieren, mañana les diré lo demás. Buenas noches.

El agramador fué á acostarse, y el colono, encendiendo su farol, acompañó la tía Mónica á la rectoría, porque era mujer de edad y no tenía la vista bastante buena para ir sola de noche.

## XII

Al día siguiente nos encontramos todos otra vez en la granja, y el agramador continuó de esta manera su relato:

— Hacía unos tres años que Francisco vivía en el país de Aiguranda, por la parte de Villechirón, en un hermoso molino llamado Alto Champault, ó Bajo Champault, ó Frechampault, pues en aquel país como en el nuestro, el nombre de Champault es muy común. He estado por allí un par de veces, y es un hermoso y buen país. La gente del campo es allí más rica, vive con más comodidad y viste mejor; se hace más comercio, y aunque la tierra es más floja, produce más. El terreno es, sin embargo, más pedregoso. Las rocas sobresalen y las riadas producen frecuentes devastaciones.

Pero, á pesar de todo, es un hermoso país, en que los árboles son magníficos, y las aguas de los dos Creuses, claras como el cristal, lo surcan con murmullos de cascada.

Los molinos de allí son más importantes que los de por acá, y aquel en que residía Francisco era de los mejores. Un día de invierno, su amo, que se llamaba Juan Vertaud, le dijo: